

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Alentado y desafiado -
1. y 2. Epístola de Pedro - (parte 2)
Esperanza en el sufrimiento
(14 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

1. Pedro 1:3-6

Dios es misericordioso

En los países occidentales, a muchos cristianos les va muy bien. Vivimos a salvo y tenemos un hogar. Mientras 360 millones de cristianos son víctimas de intensa persecución y discriminación a causa de su fe. Muchos han tenido que abandonar sus hogares, han sido expulsados por sus familias o están en prisiones y campos de trabajos forzados.

¿Cómo vivir como cristiano en una situación tan incierta y amenazada? ¿Qué ayuda? Sorprendentemente, Pedro no se queja en su carta de la necesidad de las iglesias. Comienza su carta con una alabanza: “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo”. En primer lugar, no mira la pérdida y las necesidades de los cristianos, sino que mira al Padre celestial, alabando su gran misericordia.

Nuestro Padre misericordioso no es, en su relación con nosotros, un Dios distante, que todo lo observa desde su trono celestial y que no sería capaz de ninguna emoción. Su compasión no es sin compromiso o superficial, sino un acto de salvación: “El Señor es clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor” (Sal. 103:8 NVI). La gracia de Dios es grande porque se aplica a todos los hombres (Mt. 5:45).

Su gracia es fuerte y poderosa porque resucita a los muertos: “Pero Dios es tan misericordioso y nos amó tanto que, estando muertos en nuestros pecados, nos dio vida nueva con Cristo, resucitándolo de entre los muertos. Solamente por la gracia de Dios habéis sido salvados, porque nos resucitó con Cristo de entre los muertos, y ahora pertenecemos con Jesús a su reino celestial” (Ef. 2:4-6 trad. libre). La gran misericordia de Dios tiene un nombre y un rostro: Jesucristo.

Nuestras necesidades y dificultades están insertadas en su misericordia. Nos oye lamentar y llorar. Nadie nos entiende mejor que el Padre que sacrificó a su propio Hijo por un mundo impío. ¡Lea el Salmo 116!



Día 2

1. Pedro 1:3-6; Lucas 8:22-25; Hechos 16:23-26

Alabado sea Dios cuando estamos en peligro de muerte

Pedro experimentó que Jesús puede salvarnos del peligro de muerte. En aquel entonces no sentía deseos de alabar, sino temor y reverencia en primer lugar. Después de Pentecostés, se encuentra entre los valientes confesores y se alegra de que ellos habían sido “dignos de sufrir afrenta por causa de su nombre” (Hch. 5:41). Lo que aprendió en medio del sufrimiento hace crecer su alegría y su alabanza.

“Bendito el Dios” (RV) o “Alabado sea Dios” (NVI) se traduce de una palabra griega que significa “hablar bien de alguien”. Dios es digno de que hablemos bien de Él. Si alabamos a Dios, nos damos cuenta de esto y nos acordamos de su bondad por encima de los problemas, preocupaciones y necesidades. ¡Tomemos un tiempo de descanso de todas las tribulaciones, honrando a Dios con canciones, palabras de la Biblia y nuestras propias palabras!

Jiri (Jorge) Israel era teólogo evangélico (1505–1588). Durante la Contrarreforma fue perseguido y encarcelado. Fue capaz de escapar y luego trabajó en Torun (Polonia) como predicador. En época fría, allá se congela la superficie del agua en el río, se hace sólida y se puede caminar por ella. Pero si empieza a deshelarse, el hielo se rompe y se abren zanjas de agua entre los témpanos flotantes del hielo. Jorge fue sorprendido por tal efecto, mientras caminaba por el río congelado.

Para salvarse, Jorge, tuvo que saltar continuamente de un témpano al otro, y nunca perderlo. Lo hizo, cantando el Salmo 148: “Alabad al Señor desde los cielos; alabadle en las alturas - de témpano a témpano. ... Alabadle, sol y luna, alabadle vosotras todas, lucientes estrellas - de témpano a témpano. Alaben el nombre del Señor, porque Él mandó y fueron creadas - de témpano a témpano. ... Alaben el nombre del Señor, porque solo su nombre es enaltecido. Su gloria es sobre tierra y cielos”. (vs. 1,3,5,13).

El alcalde y muchos habitantes de la ciudad fueron testigos de cómo Jorge Israel llegó a la orilla salvadora de esta manera.

A pesar de todas las dificultades, podemos honrar a Dios confiando y alabándolo (comp. Sal. 50:23; 69:30-32).

Día 3

1. Pedro 1:3-6; 2. Tesalonicenses 2:13,14

Esperanza viva en medio de toda necesidad

¿Cuántas esperanzas no se han cumplido en nuestras vidas? ¿Cuántas veces hemos tenido que lidiar con las decepciones y aprender a vivir con las heridas? Cuán incierta es toda esperanza que se relaciona con este mundo. “¡Nunca más guerra!”, se propagó después de la Segunda Guerra Mundial. Pero las guerras van en aumento. Se esperaba que las enfermedades se hubieran vencido para siempre, pero están reapareciendo.

“Pero nosotros esperábamos que Él (Jesús) era el que había de redimir a Israel” (Lc. 24:21a). Pedro y los discípulos estaban desilusionados, tristes, confundidos y llenos de miedo cuando Jesús fue ejecutado. Sólo el encuentro con el Resucitado suscitó en ellos una esperanza nueva y viva.

“Tenemos una esperanza viva porque confiamos en un Cristo vivo” (W. Wiersbe). Su victoria sobre el diablo y la muerte nos da esperanza contra toda desesperanza en este mundo. Tenemos a causa de Jesús la certeza segura de la gloria futura y las bendiciones asociadas. Cuando aceptamos a Jesús como nuestro Señor, cambiamos la gloria efímera del hombre por la gloria eterna de Dios.

“Estas son, pues, las razones por las que no nos desanimamos. Aunque las fuerzas de nuestro hombre exterior se desgastan; nuestro hombre interior, no obstante, se renueva día tras día. Porque las tribulaciones que ahora atravesamos no son más que una pequeña carga, y pronto pasan, y nos traen algo incomparablemente mayor: una gloria inimaginable y trascendente que nunca pasa. Porque no fijamos nuestra mirada en lo que vemos, sino en lo que ahora es invisible. Lo que se ve es efímero, pero lo que no se ve es eterno” (2.Co. 4:16-18 trad. libre).

Podemos orar: Señor, ábreme los ojos del corazón a tu realidad invisible, para que en ti la esperanza viva de mi futuro tenga más importancia que todo lo que se ve a mi alrededor.



Día 4

1. Pedro 1:3-6; Mateo 17:1-8

Una herencia garantizada

Tal vez Pedro tenía presente su experiencia en el Monte de la Transfiguración cuando describió la herencia de los cristianos atribulados. Allí Jesús hizo resplandecer su gloria, de modo que Pedro habría querido quedarse más tiempo. Pero tenía que volver a la realidad de la vida, como nosotros, con sus desafíos. Pedro sabía que: ¡la vista gloriosa permanece! Sirve de ayuda llevarla en el corazón cuando vienen las dificultades de la vida.

¿Cuál es la gloriosa herencia que vamos a recibir? Pedro lo describe comparándolo con la herencia mundana. A diferencia de una herencia terrenal, ¡es eterna! No se corrompe ni puede ser destruida (comp. Mt. 6:20). Nada puede arruinarla. Es inmaculada: las disputas, la envidia y la codicia no le importan (Lc. 12:13-15). Es ilimitada. Cuantas más personas tengan derecho a heredarla, mayor será el gozo en el cielo (Lc. 15:10). La herencia nunca perderá su valor, no está sujeta a la inflación. Mientras que aquí tenemos que vivir con muchas incertidumbres, la herencia celestial está segura porque Dios la vigila poderosamente.

Nuestra parte es confiar en contra de la apariencia: “Nada os turbe en vuestra fe... Confiad en Dios y confiad en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera así, os hubiera dicho que voy a preparar lugar para vosotros. Y si os he preparado lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:1-3 trad. libre).

Nuestro futuro no es un “andar en las nubes”, sino el estar conscientemente en la presencia de Dios y en la realidad creada por Él. “En la morada celestial ya está puesta la placa con mi nombre” (Heiko Krimmer).



Día 5

1.Pedro 1:6-9; Salmo 40:1-18

Alegría y esperanza en el sufrimiento

En los versículos de 1.Pedro 1:3-6 nos dimos cuenta de que Dios, el Padre celestial, nos ha dado una esperanza viva y una herencia indestructible, y que Él nos guardará en su poder. Pedro comienza su epístola con una alabanza, aunque conoce las tribulaciones de los cristianos, porque el futuro de Dios supera en mucho todo lo terrenal.

Cuando el sufrimiento oscurece nuestra vida y casi nos desmoronamos, no sirven de nada los llamamientos y las palabras de consuelo. Pedro sabe por experiencia propia lo rápido que puede ser que las situaciones que amenazan la vida nos priven de nuestra base existencial, que toda resistencia humana se desvanezca y que el miedo nos domine: Mt. 26:69-75. Él no consuela a los cristianos atribulados con consejos ni soluciones de emergencia.

Por el contrario, Pedro anima a cambiar de opinión. ¡Consideren su situación desde la perspectiva de la eternidad! Se regocijarán, serán felices. Esta alegría ya puede levantaros, animaros. ¡Permítanla en toda tristeza, practícala! – Pero, querido Pedro, ¿cómo hacerlo si “mis lágrimas son mi alimento de día y de noche” (Sal. 42:3a, trad. libre)?

Pedro podría responder: “Tú no viste a Jesús resucitado de entre los muertos. Entonces nos regocijamos mucho (Jn. 20:19-21), aunque antes estábamos confundidos y angustiados. Tú amas a Jesús, confías en Jesús, aunque no lo veas ahora. Pero lo verás tal como Él es. Ya no verás ningún sufrimiento, ninguna angustia – ¡verás a Jesús en su gloria! Esto es consuelo y causa alegría”.

“Que todos los que te buscan se alegren en ti y se regocijen” (Sal. 40:16a, NVI).



Día 6

1.Pedro 1:6-9; Salmo 77:1-20

Un poco de tiempo

La tristeza tiene su tiempo. El luto lleva su tiempo. Se configura individualmente en cada persona. Emociones como la ira y la desesperación, pensamientos depresivos, rebelión contra el sufrimiento – todo eso se permite. Quien quiera acortar el tiempo de luto o de tristeza por sus pérdidas o por su enfermedad, no hace ningún bien a su alma. Pedro escribe de “un poco de tiempo”. Pero, los que están sufriendo no perciben su tiempo como poco. El dolor persistente puede hacernos sentir cansados y mareados. Puede quitarnos el sueño.

En vista de la gloriosa eternidad, nuestro sufrimiento aquí en la tierra es un poco de tiempo. Este objetivo debemos ganarlo una y otra vez en el sufrimiento, sin restar importancia a la necesidad. La esperanza viva que se nos ha dado en Jesús, nos ayuda a mirar más allá de la difícil situación actual. Cuando los escaladores escalan la pared acantilada de una roca, sólo ven la roca, conocen el peligro de caerse, sienten que se requieren todas las fuerzas para vencer la roca, pero en el corazón tienen la cumbre “a la vista” (comp. Fil. 3:12-14.)

En tiempos de sufrimiento, existe el riesgo de sentir la necesidad como abrumadora, sin consuelo y sin esperanza. – Pero hay consuelo y esperanza. El sufrimiento no es lo último, es algo temporal. Antes de su camino de pasión, Jesús consoló a sus discípulos: “Vosotros sois como la mujer que da a luz: en el momento del parto tiene mucho dolor, pero cuando ha nacido el niño, todos los dolores son olvidados, así es su alegría por haber traído al mundo un nuevo ser. También vosotros estáis tristes ahora, pero yo volveré a vosotros, y vuestro corazón estará lleno de gozo, y nadie os podrá quitar este gozo” (Jn. 16:21,22 trad. libre).



Día 7

1. Pedro 1:6-9; 2. Corintios 4:16-18

La necesidad de la aflicción

Todo el mundo desea una vida despreocupada y feliz y quiere mantenerse sano, el mayor tiempo posible. Uno desea un futuro sin preocupaciones para sus hijos. Pedro corrige estos deseos con el “ser necesario” de ser afligidos, de las pruebas de nuestra fe. A través del sufrimiento, Dios prueba la autenticidad de nuestra relación con Él. Él nos pone a prueba, como puso a prueba a Jesús. (Lea Mt. 4:1-11.)

“Las aflicciones no deben destruir, sino arraigar, consolidar y profundizar nuestro carácter, para ‘obtener lo mejor de nosotros’... A menudo esto lleva a la tristeza, de hecho al quebrantamiento... ¿Pero qué es lo que se rompe? No es mi vida verdadera, ni siquiera mi fe en Dios. En tales situaciones difíciles, Dios rompe mis falsas expectativas, mi arrogancia o mi indiferencia. Esta tristeza me lleva a mi Señor. Ante mis oportunidades perdidas, me salvó en su fuerza inagotable. Esto es una asombrosa visión bíblica de las dificultades, las aflicciones y los sufrimientos” (Heiko Krimmer).

Muchos cristianos experimentaron la cercanía y la ayuda de Dios en el “valle de sombra de muerte” (comp. Sal. 23:4). “Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada” (Stg. 1:2-4 NVI).

Las canciones y oraciones que expresan nuestro amor por Jesús, también nos fortalecen en tiempos difíciles:

*“En Jesucristo, fuente de paz, / En horas negras de tempestad,
Hallan las almas dulce solaz, / Grato consuelo, felicidad.*

*En nuestras luchas, en el dolor, / En tristes horas de tentación,
Calma le infunde, santo vigor, / Nuevos alientos al corazón.”*

(trad. de una canción de Fanny J. Crosby)



Día 8

1.Pedro 1:6,7; 2.Corintios 12:9,10

¿Qué tan auténtica es nuestra fe?

Pedro escribe acerca de "diversas pruebas". Las pruebas de Dios son múltiples y complejas. Pueden referirse a nuestra existencia profesional o discapacidades personales, incluir necesidades de salud y familiares, persecución e injusticias de todo tipo. Para todo es suficiente la gracia de Dios para que podamos acreditarlos en estos tiempos difíciles. Precisamente en nuestra debilidad, su gracia quiere desplegar su fuerza. Momento tras momento está ahí, para las largas noches y los días penosos.

Pedro enfatiza el significado de estos tiempos de prueba. Nuestra fe es tan valiosa para Dios como el oro. Un metal noble debe estar libre de todas las impurezas. Para esto el herrero lo somete controladamente al calor intenso. Los herreros del Antiguo Oriente sólo sacaban el oro del fuego cuando sus rostros se reflejaban en el metal refinado.

El propósito de Dios con nosotros es restaurar al hombre como a su imagen, por medio de la nueva creación y transformación: 2.Co. 5:17; 1.Jn. 3:1-3; Ro. 8:29. Debido a que Dios mismo vela por esta transfiguración y no nos dejará ser tentados más de lo que podemos resistir (1.Co. 10:13), todo debe servir para nuestro bien (Ro. 8:28). ¡Las pruebas revelan cómo es nuestra fe!

Job, el hombre que lo había perdido todo: posesiones, hijos y salud, se resistió a la exhortación de su esposa, que en su desesperación le aconsejaba: "Maldice a Dios y muérete" (Job 2:9b). En la escuela del sufrimiento, él asedió a Dios con sus preguntas y quejas, con su ira y su resignación, pero no soltó a Dios (Job 19:25; 23:10-17).

Con Asaf, el autor del Salmo 73, podemos orar: "Pero yo siempre estoy contigo, pues tú me sostienes de la mano derecha. Me guías con tu consejo, y más tarde me acogerás en gloria" (vs. 23, 24 NVI).



Día 9

1 Pedro 2:18-23

La gracia de Dios en relaciones de servicios difíciles

Sabemos que la gracia es un don inmerecido. Vivimos día a día de la gracia de Dios, de sus dones amorosos: “Vuestro Padre celestial conoce vuestras necesidades; haced del reino de Dios vuestra prioridad, y vivid en la justicia de Dios, y Él os dará todo lo que necesitéis. Por eso, no os preocupéis por el mañana, porque cada día trae sus propias cargas; las preocupaciones de hoy son suficientes para hoy” (Mt. 6:32b-34 trad. libre).

El cuidado de Dios no significa una vida libre de problemas, pero nos hace pedir con valentía todo lo que necesitamos. “La oración es el puerto celestial en el que nos rescatamos de las tempestades de la vida” (C. H. Spurgeon).

Una joven madre de cuatro hijos estaba llena de resentimiento y enojo porque a su marido se le negaba el aumento de sueldo que se merecía. Entonces decidió confiar en Dios y dejarle realmente esta necesidad a Él. No quería que el resentimiento y el enojo dominen sus pensamientos. Seis meses después, una auditoría fiscal reveló la injusticia y su marido recibió el aumento que se merecía.

Esta experiencia anima a honrar a Dios, incluso en situaciones difíciles, y a actuar confiando en Él:

- Honra a Dios confiando en Él, incluso si no hay soluciones rápidas y la injusticia persiste. Él prometió su ayuda: Sal. 50:15; 1.P. 5:6,7; Is. 41:10. “No trates las promesas de Dios como piezas de museo, sino créelas y úsalas” (C. H. Spurgeon)

- Haz lo que sea posible para ti. Confiar en Dios no significa permanecer inactivo. Dios, en su gracia, da gustosamente sabiduría, abriendo caminos y posibilidades completamente diferentes (Is. 45:2.3).

Paul Gerhardt (1607–1676) dice en su alabanza a Dios:

“Te mueves de todas formas, no te faltan medios; tu acción es pura bendición, tu camino es pura luz; tu obra no se puede detener, tu trabajo no puede cesar si quieres hacer lo que es conveniente para tus hijos”.



Día 10

1.Pedro 2:20-25; Salmo 22:1-9

Orientarse en Jesús en relaciones difíciles (de servicio)

Como seguidores de Jesús, estamos llamados a hacer buenas obras también en situaciones de injusticia. Quien sufre puede compartir el sufrimiento de los demás. ¿Sufres de injusticias, condiciones difíciles, tienes que soportar diariamente la discriminación o la calumnia de tus compañeros de trabajo?

¡Ahora piensa en Jesús! Sufrió más por ti. Él no se lo pagó con la misma moneda, sino que entregó la injusticia sufrida a Dios, que juzgará con justicia. Por eso ora por tus superiores, por tus compañeros, porque Jesús oró por sus torturadores: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34).

Podemos perdonar porque nosotros mismos vivimos del perdón inmerecido de Dios. Podemos perdonar porque Dios se ocupará de nuestros derechos, si no es en este mundo, será en el venidero. Podemos perdonar si vivimos enfocando la meta, como Jesús: Lea Hebreos 12:1-3. “Jesús demostró que el hombre puede vivir según la voluntad de Dios, ser muy amado por Dios, y sin embargo, sufrir injustamente” (W. Wiersbe).

Pedro lleva a sus lectores también a otra reflexión: “Por sus heridas ustedes han sido sanados” (1.P. 2:24b). Jesús se dejó infligir heridas de muerte, soportó tormentos interiores para salvarnos de la pérdida y entrar en una relación de amor sanadora con el Padre celestial.

Jesús sufrió para que pudiéramos vivir una vida nueva. El poder del pecado ha perdido su dominio. Somos libres para vivir como es justo delante de Dios. Nuestra salvación debe manifestarse precisamente también en el sufrimiento de injusticia. Como buen Pastor y Protector de nuestras almas, Jesús nos lleva a través de todas las dificultades.

“Él cuida de su pueblo como buen pastor; recoge los corderos en sus brazos, los lleva junto a su pecho, y guía con cuidado a las ovejas recién paridas” (Is. 40:11 trad. libre).



Día 11

1.Pedro 3:8-12; Salmo 34:12-16

Practicando la nueva vida en el sufrimiento

Amad la vida que Dios nos da. Pedro cita el Salmo 34. Jesús vino para que tengamos su vida verdadera en abundancia (Jn. 10:10b). Esto no quiere decir que no haya escasez de nada.

”La vida en el amor abundante de Cristo es independiente de las circunstancias físicas, como lo atestigua Pablo: He aprendido a vivir en todas... las circunstancias,... a tener de sobra como a sufrir escasez” (Fil. 4:12 NVI). Nada le impide alegrarse en el Señor (comp. Fil. 4:4 NVI), y esto le da la sensación de plenitud” (según Heiko Krimmer). ¿Qué significa Jesucristo para mí? ¿Quiero estar feliz por Él hoy, sin importar lo que el día traiga?

Quien lee atentamente los Salmos, descubre los sentimientos más diversos en momentos de necesidad (p. ej., Sal. 31:7-10). Así puedo lamentarme y al mismo tiempo estar agradecida y feliz de tener un Señor que me dice: “No temas, yo estoy contigo” (lea Mt. 28:18,20b).

Muy realista, la Biblia nos invita a un acto consciente de voluntad: “Apártate del mal, y haz el bien” (1.P. 3:11, comp. Sal. 34:15). Da la espalda a los planes de venganza y el afán de desquite. Quien “persigue la paz” (trad. libre), y se concentra en este objetivo, se pone de parte del Príncipe de la Paz, Jesucristo, y lo tiene a su lado.

Dios cuida a sus justos. Él es todo oídos cuando oramos y ve nuestra situación. Él no mira hacia otro lado como cualquiera de los hombres cuando estamos en apuros. “Los ojos del Señor contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con Él” (2.Cr. 16:9a).

“Que Dios esté contigo en el miedo y en la inseguridad. Que te consuele en la tristeza y en la angustia. Que te dé lo que tú mismo no puedes darte: una confianza creciente en medio de las pruebas y de todos los sufrimientos incomprensibles de esta vida. Que ilumine tu corazón abatido con esperanza” (G. Theurer).



Día 12

1.Pedro 3:13-17; Isaías 8:12,13

Ser testigo de Dios en medio del sufrimiento (1)

¡Ella o él no se lo merecía! Quien hace el bien, puede esperar el bien, ¿no? – Sabemos que no siempre es así. Como cristianos, aprendemos que en nuestra vida no se trata de lo que merecemos o no, sino que todo, realmente todo, debe servirnos para nuestro bien (Ro. 8:28). No hay una explicación significativa para muchos sufrimientos. Para soportarlo, necesitamos siempre la perspectiva de la eternidad y el consuelo de Dios, que quiere consolarnos en todas nuestras tribulaciones (2.Co. 1:4).

El sufrimiento a menudo provoca miedo. Para los enemigos de Dios, es un medio para hacer callar a los cristianos. “Quien teme a los hombres no ha puesto toda su confianza en Dios; y quien cree, en última instancia, no temerá a los hombres. Así, los tiempos de persecución son siempre tiempos de prueba de fe” (Uwe Holmer). Pedro aprendió de Jesús que las amenazas no deben dejarnos aturcidos: Lea Mt. 10:16-26a,28.

En el Sermón del Monte, Jesús habla incluso de la bienaventuranza: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo” (Mt 5:11).

Durante el levantamiento Mau-Mau en África Oriental en los años cincuenta, una familia cristiana también fue atacada. Los luchadores por la independencia se sorprendieron por el amor que encontraron. El padre de familia dijo: “No tengo miedo de morir, porque entonces estaré con Jesús. Pero os ruego que despertéis y os arrepintáis mientras tengáis tiempo”. Murió orando: “Padre, perdónalos y dales tiempo para que se conviertan”. Por su testimonio, algunos combatientes clandestinos se convirtieron en cristianos.

“A cualquiera que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 10:32).



DÍA 13

1. Pedro 3:15-17; 2. Corintios 5:14-21

Ser testigo de Dios en medio del sufrimiento (2)

¿Cómo debe ser nuestro testimonio de Dios? Pedro habla del estar preparado a responder y de la esperanza, de gentileza y respeto, de buena conducta y conciencia limpia (vs. 15 y 16 NVI). Encima de todo nos exhorta: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones” (RV); “Honren en su corazón a Cristo como Señor” (NVI).

Quien santifica a Cristo en su corazón se deja dominar por la realidad de Dios más que por todo lo humano. Ahí está Jesús sentado en el trono de mi vida diaria y decide sobre mí. Su amor despierta en mí la disposición a hablar de Él a los demás, a orar por los “perdidos”, a apoyar a los misioneros y a superar el miedo al hombre.

“El respeto hacia Dios y los hombres nos hace tomar en serio la pérdida de los que están lejos de Dios, así como el hecho de que se nos ha confiado el mensaje de salvación para ellos. El profundo respeto hacia Dios nos cuida por no actuar deshonestamente o arrogantemente, o confiando solo en nosotros mismos. Quien respeta a Dios se preocupará de seguir dependiendo de la actitud de Jesús (Jn. 15:5) y de no estorbarla” (según Uwe Holmer).

La mansedumbre (v.15 RV) quiere ganar al otro, no persuadirle o presionarle.

Es notable que Pedro escribe: “el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros”. No se trata de la fe, sino de la esperanza. Tiempos difíciles y sin perspectiva se traspasan por la esperanza. Muchas personas solo tienen la esperanza de que “con suerte las cosas mejoren pronto”. Tratan de protegerse para todo tipo de situaciones, y se topan con sus límites en las necesidades existenciales.

La esperanza de un cristiano se nutre de la relación con Jesucristo, de sus promesas y de la certeza de que tenemos un futuro eterno y glorioso (comp. 1.P. 1:3; Ef. 2:4-10,19). ¿Estamos transmitiendo esta esperanza? ¿Define ella nuestra vida cotidiana, de modo que con nuestra vida despertamos la curiosidad de los no cristianos?

Señor, lléname de nuevo con tu esperanza viva, para que mi vida sea radiante para ti. Sabes lo rápido que me asusta la desesperación. Eres mi esperanza viviente. Confío en ti.

Día 14

1.Pedro 4:12-15,19; Hechos 5:41,42

Ayuda en el período de prueba

Si Dios nos hace sentir tiempos difíciles, ¿cómo podemos manejarlos desde su punto de vista? Pedro enfoca a la gloria de Dios y la comunión con Jesús, que sufrió por nosotros. El sufrimiento es parte del ser hombre en este mundo, por lo tanto, afírmalo como algo normal. Pero como creyente no te dejes intimidar o confundir, porque estás en manos de tu fiel Creador.

Los que llevan luto, cuando van al cementerio, se encuentran con personas que han pasado por experiencias similares. El sufrimiento une incluso a desconocidos.

A veces sufrimos por causa de Jesús, es decir, porque hacemos algo que Él nos ha mandado o evitamos algo que Él no nos ha mandado o nos impide. Con esto, personas o circunstancias nos inhiben o persiguen. Pero si perseveramos fieles, tal experiencia nos une a nuestro Señor y profundiza la comunión con Él. Él sufre con nosotros, nos comprende, ora por nosotros y nos lleva adelante (comp. He. 4:14-16; 7:25).

Esta profunda pertenencia y amor de nuestro Señor suscita alegría en todos los sufrimientos. Es la alegría victoriosa que Jesús mismo da: así lo atestiguan los hermanos en la fe que están en la cárcel por causa de Jesús. El glorioso Espíritu de Dios reposa sobre ellos. Él muestra a los que sufren el horizonte de la gloria de Dios que les espera. Lea Hch. 7:54-60.

También los cristianos son capaces de hacer el mal. El sufrimiento resultante no tiene nada que ver con el sufrimiento por Jesús, sino que es un castigo merecido.

“Entremeterse en asuntos ajenos (1.P. 4:15) por empeño excesivo o presumidamente, también puede causar sufrimiento o recibir resistencia. Hay que combinar la responsabilidad con la humildad y la modestia” (según Uwe Holmer).

Nada ni nadie debe impedirnos hacer lo que es bueno y correcto. En todo lo que encontramos hoy, podemos encomendarnos al Creador (1.P. 4:19).

